La despedida de aquella tarde //Gc

Sobre el muro de la izquierda, a la altura de la mitad del puente, se para. De espaldas a las personas que pasan y mirando para las cumbres de Sierra Nevada. Como meditando y en forma de oración, para sí y en lo más hondo de su alma, susurra: “Lo mismo que hice aquella tarde. Pero, como hoy es verano, las altas cumbres no están blancas. Aquella tarde, sí. Brillaban con la blancura de los nardos que venden a la entrada del puente.

Y, apoyado en este viejo muro de piedra, miro a lo lejos. Sueño y recuerdo. Como si, por aquellas lejanas y altas cumbres de Sierra Nevada, te hubieras ido para siempre. Y fue así aunque ocurrió en el mismo centro de este puente. Al llegar justo a donde ahora me he parado, recuerdo que dijiste:
- Mi amiga y yo queremos ir al desfile de caballos.
El desfile había sido ya. A las dos de la tarde de aquel día de mayo. Pero, los periódicos decían que, en la explanada que hay por delante del Palacio de Congresos, entregaban los premios. Y por eso los caballos, todos los que habían desfilado por las calles de Granada, estaban por aquí concentrados. Y, a esta concentración, entrega de premios y desfile, era a donde querías ir. Y lo entendí: querías hacerlo junto con tu amiga. Por eso, a tus palabras, no hice ningún comentario. Simplemente me quedé parado, te di las gracias y también a tu amiga y, a continuación dije adiós. Sin más despedida, sonrisas ni abrazos.

Me acerqué al muro de piedra donde ahora mismo estoy parado y me puse a mirar las aguas del río. También a la blancura de la nieve en las altas cumbres y al azul del cielo. Y, sin pretenderlo, sentí como de mi pecho brotaba una oración y, de mis ojos, un par de lágrima. Miré, también sin pretenderlo, y te vi alejarte de espaldas por el pasillo del puente viejo. Y el color blanco de tu traje de lino se me empezó a confundir con el resplandor de la nieve en las altas cumbres. Quizá porque sabía que, unos días más tarde, ya te irías definitivamente de Granada. En un vuelo, para mí, misterioso que surcaría por encima de estas cumbres blancas. Y sabía que, al final de este vuelo, al otro extremo del Planeta Tierra, aterrizarías. En las tierras de tu lejano país, desconocido para mí, pero también blanco. Cubierto con la misma alfombra de nieve que brillaba aquella tarde en las altas cumbres de Sierra Nevada.

Por eso, aquella tarde, miré mudo mientras te alejabas. De espaldas, como ya he dicho, y sin pronunciar palabra. Y, como los ojos se me habían llenado de lágrimas, comencé a verte borrosa. Como si el viento mismo te hubiera dado su abrazo y, fundida con él, te llevara. Por lo menos, así lo volví a ver en mi sueño. Bajábamos por el final de la Carrera de la Virgen y, una ráfaga de viento, arrastró las hojas de los árboles. Como si no pesaras y, en ese mismo momento, te lanzaste al aire y te pusiste a volar. Mis ojos te vieron. Tumbada sobre los brazos del aire te ibas, te alejabas y te remontabas cada vez más hacia el cielo. Por encima de los árboles del paseo del Salón y luego por encima de la ciudad de Granada y de las colinas de la Alhambra. Por ahí seguiste alejándote y, al poco, ya te perdiste por entre el resplandor de las nubes y la blancura de las cumbres en Sierra Nevada. Y supe, en ese mismo momento, que te marchabas definitivamente. Hasta el final de los tiempos.

Es lo mismo que pensé en la tarde de las cruces de mayo. Y es lo mismo que sigo pensando esta otra tarde. Por eso he venido hasta este rincón de Granada y por eso me he parado aquí. A meditar, por unos minutos, aquel último momento. Sigo mirando para las altas cumbres y creo que continuo rezando mientras pienso. Voy a quedarme en este sito un poco más. Sin mirar a ningún otro lado ni a las personas que por aquí pasan. Luego, antes de que caiga más la tarde, me volveré para atrás. Me acercaré a la mujer que vende nardos en la entrada del puente y le compraré un puñado. Seguiré caminando, como de vuelta igual que aquella tarde, pero me detendré en el Santuario de la Virgen. ¿Sabes para qué?”